

á tal punto que los mismos sarracenos le nombraban Alfonso el Temido y el Matador de gentes. Las armas cristianas recorren la Galicia y la Lusitania, los campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I. en enseñar á los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro extremo del norte de la Península, y en señalar á sus sucesores el camino de la restauracion.

La destruccion ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pie de la centenaria encina arrancada por el furioso vendabal en un dia de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros desde las brillantes y pasajeras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Carlo Magno, la figura mas gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.

Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso, llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta mas allá del Guadiana, y hace brillar las armas cristianas ante los muros de Toledo. El gefe del imperio musulman se humilla á solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya á sus hijos la ciudad de Leon

como residencia futura de los monarcas cristianos.

A la voz de Asturias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendon de la fé que se enarboló en las cumbres de los Pirineos occidentales no tardó en tremolar tambien en el Pirineo oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad y de accion. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetabanse tal cual vez unos á otros de mal grado, y los reyes de Asturias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada. Era el genio ibero que habia revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independenciam, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores mas acordes y avenidos. A la unidad momentánea de impulsión, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros gefes de la conquista. Ademas de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividian en varias categorías, segun que sus razas se aproximaban mas en origen á la del Profeta, ó que conservaban mas puras las tradiciones del Islam. Y todos tenian contra sí á los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos despues, mas groseros y menos creyentes, que no desaprovechaban ocasion de vengar

con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecía el desarrollo de sus discordias, pues tenían tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la acción del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenía que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situación les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aclamación de entusiasmo. Era que saludaban al joven Abderrahman ben Merwan ben Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beny-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que había librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fué el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venía desde el fondo del desierto á tomar posesión del solio.

Funda, pues, Abderrahman el imperio de los Omíadas, la dinastía mas brillante que ocupó jamás los tronos del mundo: y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone á la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los numidas sus antepasados.

Realéntase y se vigoriza con esto el imperio mus-

límico español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fé de los cristianos. Antes bien principia mas propiamente ahora esa grande epopeya de dos pueblos caballerescos, que se odian por religion y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se ve el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incesante como el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan á la muerte con la confianza de alcanzar el paraíso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del pendon de Ismael, y combatientes á quienes amparan los brazos de una cruz: la superstición mezclada en unos y otros con la fé, y unos y otros apellidándose infieles y descreídos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Iliada, que aguarda todavía un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser mas poderoso, si el Allah de los islamitas ó el Dios de los cristianos, si Mahoma ó Jesucristo, si el Koran ó el Evangelio, si la cimitarra ó la cruz.

Verdaderamente al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominación de los Omíadas, de aquellos esclarecidos Califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta en-

trado el undécimo siglo; de aquellos principes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algún vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes gefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar á Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al Africa una dependencia de España y dominar á uno y á otro lado del Mediterráneo: al ver á los Césares de Bizancio y á los emperadores de Alemania, los Teófilos y los Othones, enviar embajadas solemnes, con demandas de auxilio ó proposiciones de alianza y amistad, á los Abderrahmanes de Córdoba: al ver aquellas masa sinnumerables de guerreros que á la voz del *alghied* ó guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de Africa (gran depósito de reserva y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar á los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta península, allende el Ebro ó del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran á medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hicieronlo así. Y el éxito fué mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fé. A los Abderrahman, á los Alhakem y á los Hixem, oponian los cristianos los Ramiros, los Ordoños y los

Alfonso; Almudhafar se encontraba con un Fernan Gonzalez; y si los sarracenos contaban con un Almanzor, *el Victorioso*, no les faltaba á los cristianos un *Cid Campeador*.

En todos los extremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servia de antemural al torrente de la dominacion. Los reyes de Leon sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que despues ha de ser reino, destinado á soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de Leon, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte á la cristiandad. En Navarra los Garcías y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de origen oscuro y cuestionado. En los Pirineos orientales, sobre el cimientto de la Marca Gótica, fundada por Carlomagno y Luis el Pio, se erige el condado de Barcelona, que franco primero, español despues, y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borreles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va á romperse el oleage de las algaradas musulmicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragon, cuyo estado ven nacer los Omniadas antes de la disolucion de su imperio.

A la segunda mitad del siglo X, bajo Abderrahman III y Alhakem II, llega el Califato á un grado

asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahman III., el Magnífico, el primero que toma el título de Califa á imitación de los de Damasco, el Iman, el Emir Almumenin, acaba con todas las sediciones intestinas, gana á Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en Africa los califatos de Fez y de Cairwan, y teniendo con una mano sujeta el Africa, y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansion de maravillas, de voluptuosidad y de deleites, postrarse á sus pies embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del norte de Europa, venir á solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse á su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el rey García de Navarra, á Sancho el Gordo de Leon ir á buscar á Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del califa, á Ordoño IV. el Malo pedir un rincón del vasto imperio musulman en que acabar triste y oscuramente sus días: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantía su fidelidad ó protegidos que le debían su corona y le retribuían una dependencia y sumisión moral. Alhakem II, amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas á los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios á los

combates sangrientos, y las academias á los triunfos del alfange; lleva á las musas á habitar á su alcázar, y sus graciosas esclavas Rhedya, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspacias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulman. Desgraciada estrella tenia que lucir á los cristianos.

Eclipsase esta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica; que en veinte y cinco años gana cincuenta batallas á los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casi á los estrechos confines del tiempo de Pelayo. Las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas á Córdoba en hombros de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van á buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Asturias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilización de Mahoma la que está llamada á alumbrar la humanidad, ni el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha

tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fé.

La comun necesidad y peligro inspira á los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la union, y deponiendo rivalidades y discordias, se determinan á arriesgar en una batalla y á jugar en un dia sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad. Los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor (*la cuesta de las Aguilas*), y se traba la terrible pelea.... O las *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado á Allah, ó Allah ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor el Victorioso ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que habia ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubria veinte y cinco años de gloria suya y un dia de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calat-añazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la iglesia destina á dar gracias á Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razon se vistió de luto el pueblo musulman, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin

autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mugerzuelas, sirve ya solo de miserable juguete á los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregónanle muerto ó le proclaman vivo ó resucitado, le enseñan ó le esconden al pueblo á manera de maniquí, según conviene á las miras de un pretendiente astuto ó de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del mas atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beny-Omeyas, y sobre las ruinas del poco ha tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los walies y las ciudades musulmanas.

Entretanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulman, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer reyes á los mismos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo se restaura la basilica de Compostela; Leon se reconstruye; los demantelados muros de Zamora se reedifican. Alfonso V. de Leon puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la embocadura del Ebro. Aragon se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosa-

mente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de Leon, y somete á tributo á los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI., rey de Castilla, de Leon y de Galicia, se apodera del primero y mas inespugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua corte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

## VII.

El imperio omniada ha caído. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinacion, casi sin gradacion intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento explica el de su caída. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habian hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existia; estaba toda en el gefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la

cabeza. Faltó el gefe, y con él se desplomó el imperio como una estatua sin pedestal.

No era esto solo. Vivian inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de origen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb; trasmitidas de generacion en generacion, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigia ni perdonaba jamás á la raza mas culta de los hijos del Yemen. El Africa habia enviado hombres á los soberanos de Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasion, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvages en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes y comenzaban los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitucion del imperio. No hizo una ley de sucesion al trono. Y los califas, abrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aun á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas